

Religión y Ética Civil

Adela Cortina

1. Normalizar el hecho religioso

El fundamentalismo religioso ha demostrado sobradamente sus insuficiencias teóricas y prácticas, y las mismas insuficiencias ha demostrado el fundamentalismo laicista. Por eso es hora de conjugar en la teoría y en la práctica el hecho del pluralismo moral, entendiendo bien que pluralismo significa algo más que tolerancia pasiva: significa tolerancia activa, respeto mutuo, disponibilidad a la cooperación para construir un mundo habitable.

En esa doble tarea, que es simultánea, de dar carta de normalidad al fenómeno religioso y de hacer posible que creyentes y no creyentes colaboremos en la construcción de nuestro mundo, tiene la ética civil un papel privilegiado, pero no menos tienen un papel esencial las religiones. Por eso trataremos aquí brevemente sobre cuál debe ser el cometido de la ética civil y cuál el de las religiones en una sociedad pluralista como la nuestra¹.

¹ Me he ocupado de este tema pormenorizadamente en ADELA CORTINA, *Ética Civil y Religión*, Madrid, PPC, 1995.

2. Pluralismo como hecho y como proyecto ético

La ética civil surge en sociedades en las que es un hecho el pluralismo moral. Según una caracterización que ya aventuró Pedro Laín Entralgo en 1979 y que resulta muy fecunda:

Ética civil "es aquella que, cualquiera que sean nuestras creencias últimas (una religión positiva, el agnosticismo o el ateísmo) debe obligarnos a colaborar en la perfección de los grupos sociales a los que de tejas abajo pertenezcamos: una entidad profesional, una ciudad, una nación unitaria o, como empieza a ser en nuestro caso, una nación de nacionalidades y regiones. Sin un consenso tácito entre los ciudadanos acerca de lo que sea esencialmente esa perfección, la moral civil no parece posible"².

La moral civil, por tanto, intenta colaborar en una tarea de perfeccionamiento "de tejas abajo", pero requiere de los ciudadanos un consenso, siquiera sea tácito, sobre en qué consiste tal tarea de perfeccionamiento.

Si este consenso tácito existe, entonces estamos en una sociedad moralmente pluralista y no moralmente politeísta; habida cuenta de que "politeísmo moral" significaría que en el terreno de los valores éticos cada uno tiene su propia jerarquía de valores morales, y no puede dialogar sobre ella con los demás de forma que desde el interior del propio diálogo surja un entendimiento. El politeísmo es incapaz de proporcionar un acuerdo que brote del diálogo mismo entre dos interlocutores, ya que entiende que cada uno ha optado por su escala de valores por una suerte de "fe moral" y no puede compararla racionalmente con los demás. Es posible, por supuesto, llegar a pactos, pero siempre decididos desde fuera del propio diálogo.

Hay **pluralismo moral**, por el contrario, en aquellas sociedades en las que los ciudadanos ya tienen en común unos valores, aunque sea un mínimo de ellos, y discrepan en el aprecio que experimentan por

² PEDRO LAÍN ENTRALGO, *El País*, 6 de septiembre de 1979.

otros³. Precisamente a esos mínimos se refiere Pedro Laín, y reconoce que sobre ellos debe haber ya un consenso tácito porque, si no, una moral cívica resulta imposible. La ética civil surge, por tanto, en sociedades pluralistas en las que **de hecho** se comparten ya unos mínimos axiológicos.

Pero sucede que el pluralismo moral no es sólo un hecho, sino que puede llegar a convertirse en un valor, en un **proyecto moral**, siempre que agucemos la sensibilidad para percibir al menos dos de los valores que comporta: que fomenta el ejercicio de la tolerancia activa y permite un mayor enriquecimiento moral a los ciudadanos que si vivieran en países moralmente monistas. El monismo, del tipo que fuere, siempre empobrece, mientras que el pluralismo abre ventanas, descubre nuevas perspectivas, resulta mucho más ajustado a una realidad que es de suyo rica y plural.

Pero para que el pluralismo moral conserve su naturaleza de proyecto valioso es indispensable articular en él todas las piezas con delicadeza suma, no sea cosa que se convierta en una Torre de Babel, en la que nadie se entiende y sólo ganan los astutos, o en un desbarajuste desde el que los ciudadanos mal pueden construir nada concertadamente.

Por eso empezaremos recordando con mayor precisión que la **ética cívica** es el conjunto de valores morales compartidos por los miembros de una sociedad, que les permite construir su convivencia juntos y también organizar conjuntamente las distintas esferas sociales y políticas⁴. Importa, pues, ir discerniendo cuáles son esos valores, de forma que el "consenso tácito" de que hablaba Pedro Laín se convierta en "consenso explícito". Porque sin tomar conciencia de cuál es el equipaje con el que contamos para emprender el viaje de responder a los retos que conjuntamente se nos presentan, mal vamos a poder

³ De todo esto me he ocupado con detalle en ADELA CORTINA, *La Ética de la Sociedad civil*, Madrid, Amaya/Alauda, 1994.

⁴ JOSÉ LUIS LÓPEZ ARANGUREN, "La situación de los valores éticos en general", en VARIOS, *Los valores éticos en la nueva sociedad democrática*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert/Instituto Fe y Secularidad, 1985, pp. 18 y ss.

hacerles frente con elegancia. Y para eso tampoco está de más recordar brevemente cuál es la historia de la ética cívica y en que comercio estuvo con la religión.

3. Instituciones y personas

La ética cívica es relativamente reciente, porque nace en los siglos XVI y XVII a partir de una experiencia muy positiva: la de que es posible la convivencia entre ciudadanos que profesan distintas concepciones religiosas, ateas o agnósticas, siempre que compartan unos valores y unas normas mínimas.

Las guerras de religión habían sido especialmente crueles en Europa y habían manifestado con su crueldad lo nefasto de la intransigencia de quienes son incapaces de admitir que alguien piense de manera distinta. Si bien posiblemente las razones últimas de tales contiendas no siempre fueron religiosas, sino que en la mayor parte de los casos fueron razones políticas, económicas o provocadas por la psicología de personajes poderosos. Pero estos diferentes factores se sirvieron de las cosmovisiones religiosas para condenar espiritual y físicamente a los adversarios, con la pretensión de impedir a toda costa el pluralismo. Precisamente la experiencia del pluralismo nace con la de una incipiente ética cívica⁵.

Un factor esencial en la gestación de la ética civil son los tratados sobre la tolerancia que, de forma todavía incipiente, van pidiendo un respeto hacia quien piensa de otra forma, fundamentalmente en materia de religión. Los nombres de John Locke o de Voltaire suelen incluirse en la relación de los defensores de la tolerancia, y conviene recordar para el tema que nos ocupa que ni uno ni otro eran ateos.

⁵ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *España por pensar*, Publicaciones Universidad de Salamanca, 1984; M. VIDAL, *Ética civil y sociedad democrática*, Bilbao, 1984; J. GÓMEZ CAFFARENA, *Fundamentación de una ética civil*, Madrid, 1984; A. GALINDO (de), *La pregunta por la ética religiosa en diálogo con la ética civil*, Universidad Pontificia de Salamanca, 1992; A. DOMINGO, *Responsabilidad bajo palabra*, Edim, Valencia, 1995.

¿Para qué conviene recordarlo? ¿Para capitalizar desde el cristianismo la virtud de la tolerancia y el valor del pluralismo, alegando que, a fin de cuentas, son productos cristianos? En absoluto. Pero sí para recordar cómo frecuentemente se producen serias discrepancias entre los individuos y las instituciones, discrepancias que no siempre favorecen la imagen de las instituciones.

Ciertamente, las instituciones, precisamente en virtud de las funciones que les son propias, tienden a la conservación del *statu quo*, convencidas de que ése es el modo más adecuado de conservar su identidad. Resulta difícil mover la gran maquinaria, mucho más propiciar un cambio, porque siempre existe el temor de que los débiles se escandalicen y abandonen una institución a la que no comprenden. Por eso las instituciones suelen ser las más de las veces conservadoras.

Las personas, por contra, pueden moverse con mayor agilidad, pueden arriesgarse a optar por lo nuevo porque, si se equivocan, no van a provocar con su error ninguna catástrofe. Por eso los individuos suelen tener una carga profética muy superior a la de las instituciones.

No quiero decir con esto que Voltaire o Locke fueran precisamente profetas, pero sí que los tratados sobre la tolerancia nacieron de la mano de estos pensadores dentro de un marco creyente en un mundo creyente. Y esa idea de tolerancia no vino a chocar con su fe, sino con las instituciones, porque lo que en verdad está reñido con la fe —al menos, con la cristiana que es la que mejor conozco— es la intolerancia. Cuando las iglesias cristianas han sido intolerantes lo han sido en contra de su entraña profunda, porque mal se compadece con el amor despreciar el pensamiento ajeno, no digamos ya torturar o quitar la vida.

4. El hombre y el ciudadano

Los tratados de tolerancia y la convivencia pacífica de aquéllos que profesan distintas religiones fueron cristalizando paulatinamente en esa ética cívica de la que venimos hablando desde el comienzo. ¿Cómo es posible conciliar en ella las posiciones discrepantes, de forma que puedan convivir, e incluso cooperar?

Para responder a esta pregunta, conviene traer a colación la célebre distinción entre "el hombre" y "el ciudadano", que impregna la tradición política occidental. Las personas, como tales, como "hombres" (varones y mujeres), tenemos una meta moral muy clara: queremos ser felices, alcanzar la felicidad. Pero las personas tenemos diferentes dimensiones: una dimensión familiar, por la cual somos miembros de una familia; una dimensión religiosa, por la cual somos miembros de una comunidad creyente; una dimensión profesional, por la cual estamos enrolados en una profesión (la enseñanza, la medicina, la ingeniería, etc.). Una de las dimensiones de la persona es aquella por la que forma parte de una comunidad cívica, de una "civitas", de una ciudad de una "polis".

La ética cívica es, pues, la ética de las personas como ciudadanas. No pretende abarcar a la totalidad de las personas ni satisfacer su afán de felicidad. Sólo intenta modestamente satisfacer sus aspiraciones en tanto que ciudadana, en tanto que miembro de una "polis", de una "civitas", de un grupo social que no es exclusivamente religioso, ni exclusivamente familiar, ni tampoco estatal, aunque es un tipo de lazo social que une todos los demás.

Por eso las personas diseñan proyectos de felicidad y también distintos grupos en la sociedad civil bosquejan ideales de vida plena. Pero si quieren proceder adecuadamente con esos ideales, no pueden jamás imponerlos, sino sólo ofrecerlos, invitar a ellos. El gran error —a mi juicio— de más de una confesión religiosa ha consistido en imponer su proyecto de felicidad cuando le ha sido posible, olvidando que la felicidad no se impone, no se exige o se prescribe: a la felicidad se invita. Y es cada uno de nosotros quien tiene que decir libremente si le interesa aceptar la invitación.

Pero somos también ciudadanos que, aunque nos propongamos proyectos diversos de felicidad, compartimos sin embargo unos mínimos éticos que configuran el trasfondo de nuestra cultura cívica. En definitiva, cuando nos preguntamos por la conciencia moral de nuestra sociedad, es indudable que en su base hay unos valores de libertad, igualdad, solidaridad y tolerancia, sin los que resultaría inconcebible que convivamos, más que encontrarnos simplemente yuxtapuestos. Esos

valores van conformando un humus desde el que estamos dispuestos a tolerar nuestras discrepancias.

5. Una ética civil es una ética laica⁶

Evidentemente, una ética cívica que articule estos valores y los que históricamente vayamos ganando, no puede ser una **ética confesional-religiosa** ni tampoco una **ética confesional laicista**.

Una **ética religiosa** es aquélla que apela a Dios expresamente para orientar nuestro hacer personal y comunitario. Una **ética laicista**, por su parte, se sitúa en la antípoda de la ética creyente y considera imprescindible para la realización de los hombres eliminar de su vida el referente religioso, negar la religión, porque ésta no puede ser —a su juicio— sino fuente de discriminación y degradación moral. Estas dos posiciones éticas son intolerantes con un sector de los ciudadanos y foco inevitable de discriminación; por lo tanto, una ética cívica no puede ser religiosa ni laicista: únicamente puede ser una **ética laica**⁷.

Una **ética laica** es aquélla que a diferencia de la religiosa y de la laicista, no hace ninguna referencia explícita a Dios ni para tomar su palabra como orientación ni para rechazarla. Es decir, que no cierra la ética a lo trascendente, sino que la deja “abierta a la religión”, como diría José Luis Aranguren, ni afirma que no hay más fundamento de la moral que el religioso, dejando a los no creyentes ayuno de fundamento racional⁸.

6. A vueltas con los mínimos y los máximos

Hemos insistido en que el pluralismo moral no es sólo un hecho, sino que puede ser también un proyecto ético de la sociedad civil, siempre que se articulen bien la ética cívica y los restantes proyectos

⁶ ADELA CORTINA, *La Ética de la Solidaridad civil*, cap. 8; *Ética civil y Religión*, cap. 3.

⁷ Ver también ALAIN TOURAINE, “¿Qué es el multiculturalismo?”, en *Claves de razón práctica*, 56 (1995), pp. 14-25.

⁸ JOSÉ LUIS L. ARANGUREN, “Ética”, en *Obras Completas*, Madrid, Trotta, vol. 2, (1994), pp. 159-503.

morales. Para lograrlo, tenemos que empezar aclarando qué diferencia a la ética cívica de los demás proyectos éticos, y creo que un buen modo de hacerlos consiste en darles nombres. En este sentido, considero que las expresiones "**ética de los mínimos**" y "**ética de los máximos**" son las más adecuadas⁹. Se inspiran sin duda en el modo de interpretar el fenómeno del pluralismo, del que viene haciendo gala en el terreno filosófico el "liberalismo político" impulsado por John Rawls con su *Teoría de la justicia*, y reforzado en el año 1993 con *Political Liberalism*¹⁰, pero me parecen más adecuadas que las que emplea el liberalismo político. En cualquier caso, lo que quiere decirse con ellas es lo siguiente.

Entre las distintas concepciones de vida buena que conviven en una sociedad pluralista, se produce una suerte de "intersección" que compone los mínimos a los que nos hemos referido anteriormente. Es decir, todas esas cosmovisiones, todas esas concepciones de lo que es el hombre y cómo se realiza en la vida social, se solapan y surge una zona de intersección. Sin embargo, cada grupo puede fundamentar esos mínimos en premisas diferentes, propias de su concepción de vida buena: en máximos religiosos o no religiosos. A esas propuestas que intentan mostrar cómo ser feliz, me parece adecuado llamarles "éticas de máximos", mientras que la ética de mínimos no se pronunciaría sobre cuestiones de felicidad, sino sobre cuestiones de justicia, exigibles moralmente a todos.

La **ética civil** contendría entonces aquellos **mínimos de justicia** por debajo de los cuales una sociedad no puede caer sin perder su moralidad. Por eso, a mi juicio, la "fórmula mágica del pluralismo" consiste en compartir unos mínimos y respetar activamente unos máximos. Lo cual no significa en modo alguno, como se entiende en demasiadas ocasiones, que los mínimos sean cosa del estado y los máximos hayan de quedar en la vida privada.

⁹ Ver ADELA CORTINA, *Ética aplicada y democracia radical*, Madrid, Tecnos, 1993, cap. 12; *La Ética de la sociedad civil*, cap. 6; *Ética civil y Religión*, cap. 3.

¹⁰ JOHN RAWLS, *Teoría de la justicia*, Madrid, F.C.E., 1978; *Political Liberalism*, Columbia University, 1993.

7. Ética pública de mínimos y éticas públicas de máximos

De un tiempo a esta parte se ha puesto de moda en nuestro país hablar de moral pública y moral privada, explicando la articulación que entre ellas debería existir de una forma u otra. Con lo cual da la sensación de que tenemos una "ética estatal", una ética política que legitima las instituciones democráticas, y después "morales privadas", que son las no-estatales. A éstas se les permite coexistir, estar, pero no son presentables en público, porque "lo público" es lo estatal y lo político, el terreno de la coacción, la universalidad y la exigencia.

Sin embargo, ésta terminología es —a mi juicio— incorrecta, porque de ella se concluye lo siguiente: que hay una **ética público-estatal**, exigible a todos los ciudadanos, y una serie de **morales privadas**, que son permitidas en sociedades pluralistas, con tal de que no pretendan presentarse en público. Lo cual es falso.

En primer lugar, porque no hay morales privadas: toda moral es pública, porque todas tienen vocación de publicidad, lo cual no significa que tengan vocación de estatalidad, como, por otra parte, tampoco la tiene la ética cívica. Las éticas de máximos, precisamente por ser propuestas de felicidad para cualquier persona, tienen vocación de publicidad, aunque no de estatalidad. Lo cual significa que han de poder ofertarse y manifestarse en público y, por consiguiente, que toda moral es pública y no hay morales privadas.

Y en lo que respecta al segundo miembro de la disyunción, obviamente, la ética cívica es pública, y el estado debe respetarla y encarnarla, ya que es la propia de los ciudadanos y legitima las instituciones políticas. Pero del hecho de que tenga que respetarla y encarnarla, no se sigue en modo alguno que sea una ética del estado. Es una ética de los ciudadanos, **una ética cívica, pero no estatal**. El estado debe inspirar en ella sus actuaciones porque está presente en la conciencia moral de la sociedad en cuestión, pero no puede considerarla como propiedad suya.

Por tanto, olvidando la distinción entre moral pública y morales privadas, habremos de sustituirla por la distinción entre una **ética pública cívica común de mínimos y éticas públicas de máximos**.

Públicas, por tanto, una y otras; ninguna de ellas estatal, y comprometidas en la tarea de construir una sociedad mejor.

8. ¿Cómo pueden ayudarse religión y ética civil?

Entender las relaciones entre ética civil y religión como las propias de un juego de suma cero, en el que lo que unos ganan lo pierden otros, es totalmente erróneo. Para llevar adelante una sociedad pluralista de modo que crezca moralmente en vez de perder en tono moral, las relaciones entre mínimos y máximos han de entenderse como las propias de **juegos de no suma cero**, como las propias de juegos en los que todos los jugadores pueden ganar, siempre que tengan la inteligencia moral suficiente como para darse cuenta de que lo que importa es crear, conjugando esfuerzos, un mundo más humano.

Llegados a este punto, quisiera aventurar algunas propuestas que, a mi juicio, podrían hacer de la articulación entre ética civil y éticas de máximos una articulación justa con la naturaleza de las cosas y encaminada a potenciar el tono moral, en vez de debilitarlo.

1. Una relación de no observación

En una sociedad moralmente pluralista las éticas de máximos, y concretamente las religiosas, presentan libremente sus ofertas de vida feliz y los ciudadanos aceptan su invitación si se sienten convencidos. Obviamente, ningún poder político —ni político ni cívico— está legitimado para prohibir que tales propuestas se hagan. Pero también la ética civil presenta sus exigencias de justicia y las éticas religiosas han de respetarlas, porque ninguna de ellas puede eximirse de los mínimos de justicia.

En este sentido, entiendo que una ética religiosa no debe intentar absorber a la ética civil, anulándola, porque entonces instaura un monismo moral intolerante. Pero tampoco la ética civil está legitimada para intentar anular alguna de las éticas religiosas que respetan los mínimos comunes a todas. Los monismos intolerantes son siempre inmorales.

2. Los mínimos se alimentan de los máximos

Pero con la no absorción logramos únicamente una coexistencia tranquila, no una auténtica convivencia pacífica de colaboración. Y en este punto conviene recordar que los mínimos se alimentan de los máximos, es decir, que quien plantea unas exigencias de justicia lo hace desde un proyecto de felicidad en el que cree; por eso sus fundamentos, sus premisas, pertenecen al ámbito de los máximos.

Ciertamente, existen fundamentaciones filosóficas para la ética de mínimos, pero las personas en nuestra vida cotidiana no nos movemos por esas fundamentaciones, sino por proyectos de felicidad y vida buena. Por eso es preciso buscar las motivaciones últimas en el ámbito de los máximos, teniendo en cuenta también que desde esos proyectos de máximos podemos ir descubriendo nuevas exigencias de justicia que puede ir formando parte del acervo mínimo.

Por otra parte, y fuera ya del guión, podría decirse que si los poderes políticos tuvieran un mínimo de sentido común, deberían aprovechar el potencial dinamizador de los máximos. Ciertamente, las iglesias pueden plantear problemas a los poderes políticos, algunos justificados, otros injustificados, pero las religiones aportan un potencial de vida que, no sólo es injusto, sino insensato, intentar anular. Cuando, a mayor abundamiento, conviene recordar que, aunque parezca mentira, la política no es sólo el arte de no tener problemas, sino el de intentar darles una salida que favorezca el bien de los ciudadanos.

3. Los máximos han de purificarse desde los mínimos

Si los mínimos cívicos se alimentan de los máximos y pueden encontrar desde ellos nuevas sugerencias de justicia, no es menos cierto que las éticas religiosas deben autointerpretarse y purificarse en muchas ocasiones desde los mínimos.

Por atenerme a la religión que mejor conozco, el mandato del amor ha de encarnarse en la vida cotidiana, lo cual supone ser, como mínimo, justos, cosa que han entendido sobradamente un buen número de cristianos. Sin embargo, otros —trátese de instituciones o de personas— a cuento de la caridad, o con el cuento de la caridad, se han olvidado de la justicia tal como una ética cívica la viene

entendiendo. El recuerdo de la Inquisición aparece en estos como un paradigma, como una caricatura de lo que puede venir a ser el presunto amor cuando atropella las exigencias de justicia. Desaparecen aquí el derecho a la vida, a la expresión, a la honra, a la conciencia. Ciertamente, en un tiempo en que los poderes políticos los violaban de igual modo, pero no es ningún consuelo saber que las "razones de estado" eran tan ideológicas como la "causa de Dios".

En cualquier caso, conviene recordar que la Inquisición fue un ejemplo de lo que puede venir a convertirse en una tendencia: por "causas de más elevado rango" (amor, estado, solidaridad grupal) atentar contra los derechos elementales de justicia. Cosa que viene haciéndose por parte de creyentes y no creyentes en la más elemental vida cotidiana.

4. Evitar la separación a toda costa

Si religión y ética civil se distancian, los peligros son claros.

Una religión autosuficiente, ajena a la ética civil, acaba identificando a su Dios con cualquier ídolo, sea su interés egoísta, sea la nación, sea la preservación de sus privilegios.

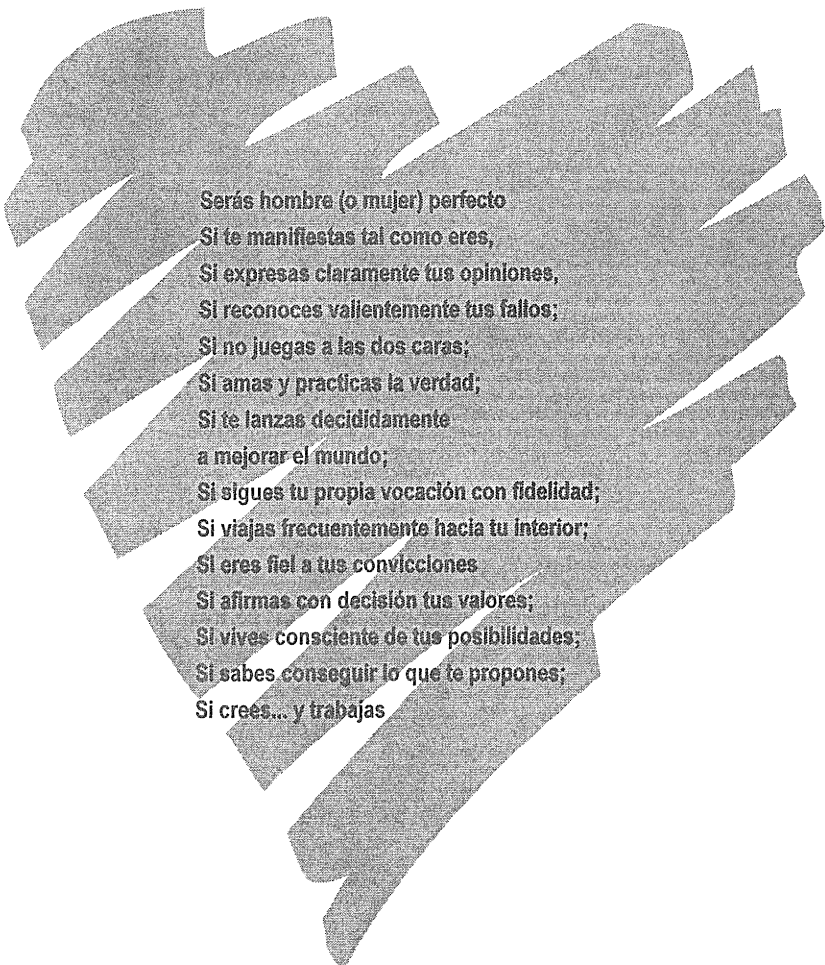
Una ética civil autosuficiente, ajena a las religiones, acaba convirtiéndose, para su desgracia, en ética estatal, y el ciudadano acaba engullendo al hombre. O, más que el ciudadano, el Leviatán.

Por eso urge explicitar esos mínimos que ya compartimos, pero no como si formaran un mundo aparte de las distintas propuestas de máximos, entre ellas, las religiosas. La ética cívica se ha ido generando desde las propuestas de máximos que conviven y por eso puede exigírselos desde dentro que la acepten y potencien: porque en realidad es también cosa suya.

Por eso importa esforzarse por descubrir los valores de la ética cívica en las distintas propuestas de máximos, religiosas y no religiosas, en vez de actuar como si los valores de la ética cívica fueran paralelos a los de las éticas de máximos y tuvieran que venir a juzgarles desde fuera. La moral siempre critica desde dentro. De ahí que potenciar la moralidad de nuestras sociedades exija también descubrir cómo los

valores de la ética cívica están presentes en las distintas éticas de máximos (creyentes o no), cómo se modulan en ellas, qué lugar ocupan, qué sentido tienen. Éste es el único modo humano de descubrir lo universal: descubrirlo en lo concreto.

[Tomado de "Iglesia Viva", MADRID.187 (enero-febrero 1997), pp. 63-73]



Serás hombre (o mujer) perfecto
Si te manifiestas tal como eres,
Si expresas claramente tus opiniones,
Si reconoces valientemente tus fallos;
Si no juegas a las dos caras;
Si amas y practicas la verdad;
Si te lanzas decididamente
a mejorar el mundo;
Si sigues tu propia vocación con fidelidad;
Si viajas frecuentemente hacia tu interior;
Si eres fiel a tus convicciones
Si afirmas con decisión tus valores;
Si vives consciente de tus posibilidades;
Si sabes conseguir lo que te propones;
Si crees... y trabajas